

Congregazione dei Rogazionisti
Curia Generalizia

Via Tuscolana, 167 - 00182 Roma
Tel. 06.7020751 - Fax 06.7022917
e-mail: segrgen@rcj.org

Roma, 8 de diciembre de 2012



*Os deseamos una Santa Navidad
y un feliz 2013
Año de la Fe*

*“Y sucedió que,
cuando los ángeles
se marcharon al cielo,
los pastores se decían unos a otros:
«Vayamos, pues, a Belén,
y veamos lo que ha sucedido
y que el Señor
nos ha comunicado».
Fueron corriendo
y encontraron a María y a José,
y al niño acostado en el pesebre.
Al verlo, contaron lo que
se les había dicho de aquel niño.
Todos los que lo oían
se admiraban de lo que
les habían dicho los pastores.
María, por su parte,
conservaba todas estas cosas
meditándolas en su corazón”.*
(Lc 2, 15-19)

A los Rogacionistas
A la Familia del Rogate

Estimados,

Vuelvo a vosotros en este sagrado tiempo de Adviento, recordando la invitación que recibimos por el Papa de ponernos “en marcha” en este Año de la Fe.

Los pastores son un ejemplo para nosotros, los que “fueron corriendo” hasta Belén, donde hallaron a María, a José y al Niño.

El relato de Lucas, a pesar de su sobriedad, es encantador. Los pastores, mientras vigilan sobre su rebaño, son investidos por una gran luz. Se asustan mientras escuchan a un ángel que les tranquiliza y les anuncia la buena nueva que llevará gran alegría a todo el pueblo: “En la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”. Para confirmar este anuncio reciben un signo: encontrarán “un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”.

Los pastores no dudan mínimamente de lo que les ha sido revelado. No se preguntan por qué el hijo de David, el salvador, sea un niño pequeño recién nacido,

acostado en un pesebre. En seguida se ponen en marcha, y, en Belén, comprueban el signo que se les ha anunciado: encuentran “a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”.

Para ellos ya no hay la luz de la visión de los ángeles sino una sencilla linterna que ilumina justo la cabaña, y el canto alegre de los ángeles deja ahora sitio a la contemplación silenciosa.

En los rostros de María y de José, en adoración del Niño Jesús, resplandece la gran luz de su fe.

Los pastores, embelesados por esta nueva visión, refieren la experiencia hecha y lo que se les ha dicho del niño, encontrando el estupor de los que les escuchaban.

Finalmente, Lucas concluye el episodio, dirigiendo la mirada hacia María, que “conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón”.

Los textos litúrgicos que la Iglesia nos propone en este tiempo de Adviento nos ayudan a entrar en el gran misterio del Verbo hecho hombre y que pone su morada entre nosotros.

“Quien al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo y nos abrió el camino de la salvación; para que cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar” (Prefacio).

Cada día comprobamos la humildad y la pobreza de nuestra carne. Nos enfrentamos con nuestras contradicciones, con los deseos y los momentos de cansancio, los buenos resultados y los fracasos, las dificultades y los miedos hacia el porvenir.

Tenemos que adquirir la conciencia que nuestra historia personal, la historia de nuestra Congregación, forma parte de la historia de la salvación, que nació desde “un plan trazado desde antiguo” y que se cumplió con el nacimiento del Señor Jesús, con su muerte y resurrección.

A nosotros la tarea de acoger este anuncio, con la humildad y la sencillez de los pastores de Belén.

El “Pastor” de la Iglesia universal, Benedicto XVI, en este inicio de Adviento oportunamente ha querido confirmar nuestra fe en la encarnación del Señor Jesús a través de una lectura de los evangelios de la infancia realizada con el amor del creyente y la sabiduría del experto, para asegurarnos que con nuestra adhesión al Señor no nos fundamos “en fábulas fantásticas”, sino que conocimos su “poder” por parte de los que fueron “testigos oculares de su grandeza” (cf. 2Pt 1, 16).

Los compromisos y las preocupaciones del mundo, tal vez también las distracciones que nos pueden llegar por una excesiva apertura a las más variadas comunicaciones, tienen el riesgo de hacernos difícil la percepción de la paz del establo de Belén.

Necesitamos, entonces, tener un espacio de silencio, para contemplar y adorar el misterio de la encarnación del Señor, para “meditar” en nuestro corazón y para dar testimonio en nuestra vida.

El Año de la Fe, antes de todo, nos quiere hacer conscientes de que somos personas de “poca fe”, y que viven en un contexto hostil a la fe. Empezando por este convencimiento, este año de gracia quiere acompañarnos para un encuentro nuevo con

el Señor que nos salva, hacia una profunda conversión que comience en nuestra mente y en nuestro corazón y transforme nuestras costumbres y elecciones de cada día, hasta hacernos testigos creíbles de la salvación que nos ha sido donada.

Hace años ya que recordamos la necesidad de una “nueva evangelización”. Por fin está claro para todos lo que significa que la renovación y la conversión personal constituyen el principio de un fermento nuevo de santidad, lo que puede contagiar benignamente el contexto en el que actuamos.

El año que se abre, además, nos lleva a una cita importante para nuestra Congregación: el 50º aniversario de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, la jornada “rogacionista” por excelencia.

La primera Jornada, instituida por Pablo VI en 1964, fue el punto de llegada de la sensibilización de toda la Iglesia sobre el problema de las vocaciones, que encuentra su primera y fundamental respuesta en la oración. En el mismo tiempo, esta cita que convoca a toda la Iglesia a formar un cenáculo orante por las vocaciones, que sigue en el tiempo y se extiende en el espacio más ancho, se convirtió en el inicio de un más fuerte compromiso de toda la Iglesia en la pastoral vocacional, fundada en la oración.

Sabemos que, unos cien años antes de aquella fecha, el joven Aníbal Di Francia se sintió particularmente atraído por esta oración, y que ella se convirtió, según lo que él mismo relata, “por celo o por fijación”, en el ideal de su vida. El Padre Aníbal, especialmente con la “Sagrada Alianza” y la “Piadosa Unión de la Rogación Evangélica”, fue en un incansable difusor del Rogate, y en el que, llegando desde lejos, preparó en la Iglesia el nacimiento de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones.

Todo esto nos ha convencido, juntamente con las Hijas del Divino Celo, a promover en la Iglesia el reconocimiento de este papel del Padre Aníbal, deseando que se pueda proclamar Patrono de las Vocaciones.

Tuvimos y seguimos teniendo numerosas adhesiones en esta campaña, tal vez particularmente entusiastas, por parte de Cardenales y de Obispos, Superiores Generales de Institutos Religiosos masculinos y femeninos, y de otros ministros ordenados, consagrados, y numerosos laicos.

No sabemos si será posible conseguir por el Santo Padre esta proclamación, y, sin embargo, esta nuestra acción contribuye a hacer conocer mejor al Padre Aníbal en la Iglesia. En efecto, sobre todo queremos hacer conocer la relación profunda entre el compromiso de San Aníbal y la institución de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones en el contexto del Concilio Vaticano II. Además, para nosotros el Año de la Fe ha de ser una gran ocasión para asumir más profundamente la segunda dimensión del carisma, o sea, la difusión y la propagación del Rogate.

Por otra parte es importante que nosotros, en la medida en la que nos activamos para promocionar en toda la Iglesia nuestro santo Fundador como apóstol de la oración por las vocaciones, y así Patrono de las Vocaciones, tengamos viva esta oración, principalmente en nuestra personal vida espiritual y luego también en nuestras comunidades.

La reflexión sobre la oración por las vocaciones nos introduce en otro aniversario que cae a en el año que viene: el 125° de la primera gran “Súplica al Eterno y Divino Padre en el Nombre Santísimo de Jesús”.

El Padre Aníbal, alma eminentemente eucarística, tuvo la preocupación de poner en nuestra vida religiosa referencias constantes a la Eucaristía. Y así, mientras el pasado 1 de julio cerramos el Año Eucarístico, en el 125° aniversario de la primera venida de Jesús Sacramentado en la Obra Piadosa para quedarse en ella, el próximo 31 de enero nos encontraremos, a los pies de Jesús Sacramentado, para presentarle nuestra Súplica, compartida con las Hijas del Divino Cielo.

Son dos recurrencias cercanas en el tiempo y ligadas íntimamente una a la otra. Con la fiesta del Primero de julio, en efecto, nuestro Fundador quiso imprimir en nosotros la convicción profunda que Jesús en Sacramento es el verdadero fundador, superior, amigo y hermano, el centro y la vida de la Obra. La súplica del 31 de enero constituye una directa consecuencia de todo esto. Todos los miembros de la Familia del Rogate, nos presentamos a los pies de Jesús en Sacramento, para reconocerle a Él el papel que quiso asumir en la Obra Piadosa. Luego le abrimos nuestro corazón, con fe y familiaridad, alabándole y agradeciéndole, adorándole y pidiéndole perdón por las infidelidades, presentándole también con confianza filial todas nuestras necesidades.

Está bien que estos importantes acontecimientos de nuestra historia, de nuestra vida, donde es posible, los vivamos juntamente a las hermanas Hijas del Divino Cielo, a las Misioneras Rogacionistas y a los Laicos de la Familia del Rogate, para que nos ayuden a reavivar nuestra identidad carismática y a experimentar la fraternidad.

Nuestra identidad “rogacionista” crece en nosotros en la presencia del Corazón Eucarístico de Jesús, desde donde brotó el mandato divino, relatado en las páginas evangélicas del Rogate. Hemos de recordar, sin embargo, que el carisma y la espiritualidad nos vienen entregados en la Iglesia y en nuestra Regla de Vida.

En los años pasados tuvimos la gracia de reflexionar juntos sobre nuestra Regla de Vida y de actualizar nuestras Constituciones y Normas, autorizadas luego por el Capítulo General y por la Sede Apostólica. Sabemos que realizamos este camino no tanto para poder decir que tenemos textos actualizados, sino sobre todo para reapropiarnos de nuestra Regla de Vida.

En la visita que estoy haciendo a las Circunscripciones, encontrándome con cada comunidad, las invito a acoger la nueva normativa y a acercarse a ella con las actitudes que tuvimos cuando éramos novicios.

Os exhorto, pues, a tener cada día en vuestras manos las Constituciones y las Normas, a leerlas personalmente y a interrogarnos sobre nuestra personal fidelidad incluso en las disposiciones que podrían parecer de importancia menor y así convertirlas en motivo de participación y revisión comunitaria.

En el año que viene llegaremos juntos a la mitad del camino de este sexenio.

El progresar del Instituto me llama a la mente el recorrido de la primera visita de norma que estoy realizando en las Circunscripciones. Mis sentimientos son los de un peregrino que con gran alegría toma visión del testimonio de tantos hermanos y laicos que realizan su apostolado con celo admirable. Me quedo en las comunidades con la cercanía de un hermano, si hace falta para ayudar en el discernimiento, animar y alentar. Mi paso, entre realidades de diferentes culturas, quiere fortalecer nuestra unidad de familia religiosa, la ayuda mutua, la colaboración y la colaboración fraterna.

Nuestra responsabilidad común, a nivel central, de Circunscripción y de cada Comunidad, es la de custodiar el patrimonio carismático y espiritual que nos ha sido confiado. Por tanto, en los diversos niveles de autoridad expresamos un compromiso compartido de servicio a la causa común, al Rogate.

Estamos pasando a través de una fase histórica caracterizada por profundas mutaciones socio-culturales, y, más recientemente, por una difundida y preocupante crisis económica.

Todo esto pone en crisis algunas de nuestras seguridades y crea incluso en nuestras comunidades no pocas dificultades.

Hemos de, a pesar de todo, mirar hacia adelante con serenidad. Si la Obra es del Señor, y de esto somos seguros, será Él quien nos conducirá, a condición que por parte nuestra vivamos con fidelidad.

Si miramos a los tiempos de nuestro Padre Fundador nos damos cuenta que en contextos diferentes estaban presentes grandes mutaciones y diversas dificultades, por él vividas en total confianza en la divina Providencia.

El futuro de nuestra Congregación no depende de las actuales coyunturas, sino del Espíritu, que suscitó el carisma del Rogate para nuestro tiempo y que, a través de san Aníbal, se nos confió. Si por parte nuestra custodiamos este carisma y lo conservamos vivo, redescubriendo la frescura de los orígenes, las bendiciones del Señor nos acompañarán ampliamente. Mi invitación, pues, es la de mirar adelante, con confianza, esperanza y compromiso.

Estamos intentando de progresar en la descentralización de la Congregación, acompañando el camino de las Circunscripciones, y, por lo que se refiere a la Curia General, la realización de esta descentralización pedida por el Capítulo General 2010, pasa por la búsqueda de nuevas formas de gestión, como, por ejemplo se hizo con la litografía “Cristo Re”, que constituía un peso económico ya no aguantable, y el Centro Internacional Rogate, y como se está estudiando, actualmente, con relación al Centro de Espiritualidad Rogate de Morlupo (Roma).

Nos estamos activando para que, según la directriz del Capítulo General, las Circunscripciones desarrollen la promoción del Rogate y posiblemente se doten de un Centro idóneo.

Indudablemente, nuestro apostolado ha de mirar en el mismo tiempo a la difusión de la oración por las vocaciones y al servicio de la caridad para con los pequeños y pobres. Sabemos, por cierto, además, que el primer apostolado lo realizamos con el testimonio de nuestra vida consagrada.

La mirada al apostolado, sin embargo, nos lleva a considerar nuestras débiles fuerzas para destinar a la promoción vocacional y a la formación. No podemos ignorar que estos dos ámbitos, que a menudo se nos presentan como emergencias en la vida de las Circunscripciones, se deben encarar con la necesaria prioridad, ya que por ellos depende la vida y el futuro de la Congregación.

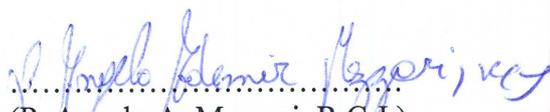
Hace falta, entonces, efectuar el justo discernimiento y, si es necesario, obrar para el reequilibrio de las obras.

Sabemos que las dificultades del presente no nos impiden de mirar incluso hacia unas aperturas misioneras, como está haciendo la Provincia Italia Centro-Norte hacia Irak y la Casi Provincia de la India hacia Sri Lanka. Es importante cultivar la dimensión

misionera, sea porque ella pertenece a la identidad de la vida consagrada, sea en respuesta a la invitación que la Iglesia nos dirige para la evangelización. La misión, además, abre los horizontes de la Congregación a la esperanza.

Como nos recuerda el fragmento evangélico que abre este mensaje de felicitaciones, según el ejemplo de María hemos de conservar en nuestro corazón el don recibido, meditándolo con amor, y, además, como los pastores de Belén, hemos de contarlo, o sea testimoniarlo y evangelizarlo.

Es esto el deseo más vivo, para mí y para cada uno de vosotros, que en esta Navidad quiero poner a los pies del Niño Jesús en el establo de Belén, confiándolo a la intercesión de nuestro Fundador, san Aníbal María. Mientras impetro sobre cada uno de vosotros la bendición de María, en la solemnidad de su Inmaculada Concepción, os saludo con afecto en el Señor.


.....
(P. Angelo A. Mezzari, R.C.J.)
Superior General